



Almas de rojo



ColeCCIÓN Fuera de Órbita

© del texto, Francisca Solar, 2018 ©
Fotografía de portada: Shutterstock ©
Editorial Planeta Chilena S.A., 2018
Av. Andrés Bello 2115, piso 8
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Primera edición | diciembre 2018

ISBN | 978-956-9962-66-0 Número
de inscripción: 291024 Impreso en
Chile / Printed in Chile

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.
Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la portada, puede
ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, sin permiso previo por
escrito del editor.

**El libro original protege el trabajo del
autor, diseñador y del equipo
editorial. Comprar el original es
respetar ese trabajo. No fomentes el
delito de la piratería.**

Almas de rojo

FRANCISCA SOLAR

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

«Continuamos siendo imperfectos, peligrosos y terribles, y también maravillosos y fantásticos. Pero estamos aprendiendo a cambiar.»

Ray BRadBuRy

Déjame ir*

Darío se detuvo sin que se lo pidieran. Estaba acostumbrado.

El guardia frente a él empuñó el detector de metales y en pocos segundos lo

rodeó hasta los zapatos. Estaba limpio. Otro guardia más atrás le hizo una seña para que lo siguiera por el pasillo. En esa época del año, los visitantes se multi-plicaban y el personal no daba abasto. Les iba mejor si apuraban las entradas y salidas.

Como no era posible instalar ascensores, bajar por esas escaleras de caracol era la peor parte; al dar vueltas sin fin, muchos se mareaban. Darío ya había aprendido que si se sujetaba bien del pasamanos y miraba solo hacia el frente, neutralizaba las náuseas. Menos mal su madre estaba en el -8; había oído que el CRE quería ampliar sus instalaciones en al menos dos pisos. Sus servicios eran cada vez más demandados, y se hacía necesario contar con más espacio, pero no por los recluidos, sino por las visitas. Siempre las visitas.

La puerta de vidrio con el letrero «-8» lo hacía suspirar de alivio. Y sonreír. También el clic del pica-

* Adaptación de la versión publicada en *Cuentos chilenos de ciencia ficción* (Norma Ediciones, 2010).

porte metálico al contacto con la tarjeta del guardia, el pequeño foco a la derecha, que siempre pestañeaba (¿cuánto costaba cambiar una simple ampolleta?), y las paredes blancas que simulaban la entrada al cielo. Era como estar en casa de nuevo. Pero no lo decía. A nadie. La última vez que lo mencionó a Sara, ella se desesperó y se encerró en el baño. Jamás había querido acompañarlo hasta ahí, no estaba de acuerdo con lo que él estaba haciendo. Pero es que ella no entendía. No podía entender. Ella no sabía lo que era una pérdida real.

Darío estiró el cuello para ver hasta el final del pasillo. La sala de visitas se destacaba por ser bien iluminada. Desde ahí contó las cabezas visibles y solo había seis cubículos ocupados de la fila completa. Quedaban cuatro. Pediría que le dieran el de la esquina, como siempre, pues así se sentía más tranquilo, menos observado. Y no es que los otros visitantes estuvieran especialmente atentos al humano de al lado, pero prefería tomar precauciones, no dar razones para miradas curiosas. Los cubículos no eran más que gruesas placas de vidrio de pared a pared, del suelo hasta el techo. La privacidad, ahí, también era un lujo.

Se detuvieron por última vez. Un nuevo guardia apareció de pronto para otra revisión. Eran muy cuidadosos; el CRE se jactaba de tener un sistema de seguridad infranqueable, y con la gran suma de dinero que Darío desembolsaba todos los meses, lo mínimo

que podía exigir eran instalaciones de lujo, dependientes en todas las esquinas, grilletes y barrotes, o lo que la tecnología les permitiera. Estaba pagando por un servicio, y esperaba recibirlo.

El guardia llevó a Darío hasta el cubículo del fondo, esperó a que se sentara y le pidió el pase laminado. No era más que un pedazo de plástico con un código de barras. Lo apuntó con el lector infrarrojo, se oyó el pitido y, frente a ellos, al otro lado del cubículo, unas letras dinámicas titilaron «Dinora Vargas» en una pantalla. Darío volvió a sonreír, sintiendo su corazón acelerarse de pronto. No importaba cuántas veces fuera, cuántas veces se sentara ahí, todas las emociones volvían como recién aprendidas. Nunca cambiarían. No tenían por qué.

Fijó los ojos en la puerta custodiada. Alcanzaba a escuchar el cuchicheo de los otros visitantes y sus visitados, casi todos entre llantos, pero no podía distinguir bien las conversaciones. No les ponía real atención, solo la esperaba a ella, que siempre demoraba unos segundos en presentarse. Ahora estaba demorando más, sepa Dios por qué. Darío se revolvió en la silla, perdió la sonrisa y estiró el cuello otra vez. El guardia junto a él no lo dejaría hacer más que eso.

Entonces apareció.

Su cabello cano estaba recogido en su tocado habitual. Incluso llevaba el peine del abuelo. El uniforme para los reclusos no era muy atractivo, pero al menos

parecía cómodo; una túnica gruesa blanco-grisácea hasta los pies con un código de barras impreso en el pecho. Con cada paso se escuchaban las cadenas sujetas a sus tobillos, pero Darío no podía verlas. Lo prefería así.

—Hola, mamá.

Estaba cansada, sus ojeras lo decían. También sus arrugas. Pero sonrió de todos modos, tibia.

Se sentó en la silla dispuesta para ella y una voz serena la recibió. «Comienza su visita. Tiene 15 minutos», anunció el altavoz.

Él esperó que su madre lo mirara, pero fue en vano. Si el vidrio entre ellos no estuviese electrificado, habría estirado su mano para maquinar la ilusión de tocarla. Obviamente no se movió. Hizo como si todo estuviera bien.

—Te traje girasoles. Pregunté por las flores más resistentes en época de lluvia, para que esta vez no se marchiten tan rápido. Y te hice caso con el florero de plástico. Ya avisé para que estén atentos a los ociosos que se han ensañado con los de cristal. De esos no te traigo más.

La anciana asintió sin ganas, aún detenida en un punto fijo.

—Gracias.

—En mi trabajo todo está bien, si eso te preocupa. Se las canté bien claras a mi jefe, le dije al pie de la le-

tra lo que me aconsejaste la semana pasada. Ya no me molesta más.

—Me alegro... —dijo, pero sin labios alegres que acompañaran.

Darío suspiró. Se sobó el brazo derecho con la mano izquierda.

—Renato te hizo un dibujo en el colegio, pero no quiso dármelo. Dijo que se ve mejor en su pieza, que ahí afuera se va a ensuciar y mojar y romper. Su madre subió los ojos por primera vez.

—¿Todavía no quiere venir?

—No. Sara tampoco. Les... complica. Déjalos, ya vendrán.

En algún momento, sin falta, entre los datos triviales de la casa, el trabajo, el colegio o el clima, venía esa mirada. Esa. Iba precedida de un silencio un poco incómodo, cuando el tema anterior ya estaba agotado y había que seguir hablando, pero sin saber qué nuevo decir. Ese silencio propicio, fértil para introducir la duda necesaria. Dinora sabía usarlo bien. Casi lo calculaba. Y Darío lo sabía, lo presentía, y la dejaba. Todas las veces. Que ahora lo dice, ahora sí. Que no lo diga, que no se atreva. Que se calle. Que ella sabe la respuesta, y no le va a gustar.

—Hijo...

—No, mamá —contestó, un poco más rápido que otras veces, con la vista en sus zapatos. Nunca podía

mirarla a los ojos cuando se lo negaba—. No me lo pidas, por favor.

—Seis años, Darío —reclamó, elevando apenas la voz—. ¿No crees que ya es hora? ¿No tienes piedad de tu madre?

—¿Y qué va a pasar conmigo? —respondió él, subiéndola la cabeza de repente con el ceño fruncido—. Yo te necesito. Te necesito aquí.

Tenía razón, la necesitaba. Es más, era suya. Eso decía su contrato con CRE. Suya para siempre, suya hasta que decidiera lo contrario.

Un par de cubículos más allá, un grito interrumpió otra tentativa potencial y todo el movimiento a su alrededor. Un recluido se había levantado de su silla, Darío podía verlo desde ahí. Su bella visitante, de largo pelo negro y estricto vestido en el mismo color, curvó la espalda hasta quedar casi en posición fetal.

—¿¡La escucharon?! —estiró el brazo y la apuntó, fuera de sí. El gentío en la sala volteó en masa hacia él—
¡Ella me dejó ir! ¡No puede arrepentirse, ya lo dijo! —se tomó la cabeza dando paso a unas carcajadas nerviosas—. ¡Me dejó ir!

La mujer cayó de su silla, cubriéndose el rostro con los brazos. Un guardia corrió hasta ella. Sus quejidos agónicos no parecían hacer mella alguna en el hombre tras el vidrio, desorbitado de euforia, que arrugaba con el puño el código de barras en su pecho.

Un nuevo dependiente, al otro lado de la realidad, se acercó a él hasta quedar a unos centímetros. No lo tocó.

—Terminó la visita.

—¡NO! —gritó, con tal fuerza que hasta su rostro se hizo algo borroso. Parecía temblar de nervios, aunque bien podía ser una simple interferencia en el sistema holográfico—. Exijo que se anule el contrato. ¡Ella ya lo dijo, está registrado en el altavoz! —se adelantó hasta el vidrio, con el zumbido de la electricidad en el cristal, tratando de mirar a su esposa a los ojos. Su fuerza había pasado a ser tristeza. El amor que lo unió a ella, hace mucho había desaparecido—. Lo dijiste, ya está hecho. Déjame ir.

El pudor y la culpa se extendieron como una brisa helada sobre el rostro de los visitantes, y los visitados, en sus sillas, congelaron sus músculos esperando un milagro propio. Si un cliente desistía del servicio, debía anunciarlo en privado y directamente a la empresa...

Esos escándalos eran contraproducentes. En el Día de los Muertos, los reclusos guardaban más esperanzas que nunca. Las lápidas afuera se llenaban de flores y remolinos y dibujos de niños, pues los visitantes al cementerio —o CRE (Centro de Reclusión Eterea)— se multiplicaban. El personal no daba abasto. Les iba mejor si apuraban las entradas y salidas.

—No sé de qué está hablando —negó ella con falsa seguridad, al tiempo que el guardia la ayudaba a

ponerse de pie. Le temblaba el mentón, pero no apartó la mirada—. No he dicho nada.

El hombre se desfiguró, y en un segundo lo rodearon tres escoltas.

—¡No me hagas esto! ¡Laura, ya basta, déjame ir, déjame ir!

Estiró ambos brazos hacia el vidrio y, al contacto con él, su imagen desapareció. El sistema de seguridad era eficiente. En un chispazo, el alma desbocada volvía a su ataúd. El silencio era la señal.

La mujer se deshizo del abrazo del guardia y corrió a la salida. La siguieron de cerca varios otros visitantes, que con la cabeza baja balbucearon un «Hasta pronto» a sus seres queridos y escaparon de la presión en el aire, empujándose a codazos hacia la escalera de caracol. Los guardias no se interpusieron.

Solo Darío se quedó. Sintió náuseas al enfrentar la súplica evidente al otro lado del vidrio.

—No, mamá. Que estés bien. Nos vemos la próxima semana —y apagó el altavoz. Dinora cerró los ojos. Y desapareció también.

En tierra firme ya había comenzado a llover, y un cuidador se apresuró hasta el mausoleo de los Vargas. Un florero de plástico se había quebrado en mil pedazos.